

Es un mito recurrente en el mundo occidental: la sangre corrupta ha de ser derramada y generar ansias de libertad y entusiasmo por medio del odio. Abre una época sin sátiras, de un fúnebre humor con visos de heroísmo. En rigor, poder absoluto y vida vegetativa. No se trata, exactamente, del viejo militarismo germano, que es conservador, sino de un partidismo radicalizado, que avanza hacia un programa de destrucción.

La seducción del nazismo apela a otra recurrencia: una visión simplista del mundo. Todo tiene un solo y mismo sentido, el hombre lleva el mundo en sus manos, el orden es definitivo. No falta quien, como Ernst Bloch, ve en Hitler al Anticristo nietzscheano, cuya llegada marca el apocalipsis de la historia: desastre y esperanza. Por eso no hay que confundir esta contrarrevolución con la clásica Santa Alianza, que fue restauradora. Aquélla es destructiva y, finalmente, inocua. El nihilismo moderno es consciente de sí y quiere ir hasta el fin, que es su propio fin (finalidad y finiquito). En otro sentido, una versión perversa del socialismo: proletarizar el mundo por la guerra, haciendo de todo trabajador un soldado y de todo hombre, un trabajador. Tal vez sea necesaria esta paradoja histórica: para eliminar la esclavitud hay que destruir el mundo. También Hermann Broch ve en Hitler una excusa del espíritu universal para refundar trascendentalmente el mundo.

El nazismo es el plexo de la modernidad en clave de parodia: la revolución convertida en tiranía, el capitalismo en lujo pequeño-burgués, el socialismo en totalitarismo de Estado donde grupos e individuos desaparecen, la democracia en analfabetismo de las masas. La Alemania de Hitler es obra de Dios (como los viejos pueblos semíticos de la Alianza, quién lo diría) y no tiene más remedio que luchar por Dios. Hitler así lo creía en enero de 1945, tres meses antes de la derrota.

En el hondón de su memoria, el nazismo es, para Thomas Mann, un drama personal vivido como drama nacional. Hitler hablando de cultura expresa «el odioso bizantinismo alemán» y cuenta a Nietzsche como antecesor, por su modo irresponsable de filosofar, su paranoia ante los pueblos eslavos y su anticristianismo destructivo. «El pathos alemán, aunque sea falso, puede producir efectos reales» (22-1-1945). Sus pedidos de generosidad a los vencedores es un signo de pequeñez. Tal radical cuestionamiento de lo alemán lleva a nuestro escritor a duras discusiones con otros emigrados alemanes, que se sienten heridos en su patriotismo (con Alfred Döblin a la cabeza). Presa de cólera, Thomas Mann quiere que Alemania sea ocupada, dividida, administrada por los americanos, desprovista de armas y de industria. Se opone a sus paisanos que quieren democracia y nuevo ejército. ¿Puede, acaso, haber un ejército democrático alemán? Cuando, el 27 de octubre de 1943, Siegfried Marck le propone ser presidente de una futu-

ra Alemania libre, comenta: «Dios me libre de ser el futuro conductor de una Alemania libre». Bertolt Brecht le reprochará su incredulidad democrática. Cabe preguntarse en qué democracia creía Brecht. Tal vez la solución sea la disolución de Alemania en una confederación económica europea, o su anexión a Rusia, pues Alemania, salvo en tiempos de Bismarck, cuando estuvo normalmente integrada en la comunidad de las naciones, siempre osciló entre la impotencia y la prepotencia.

Al final de la guerra, Thomas Mann reflexiona que lo terrible del nazismo es que sus crímenes y fantasías de desvalijamiento universal no fueron históricamente necesarios, sino el producto de una ideología racista. Por eso, el hecho lo sume en depresiva desesperación: el júbilo por la doble y única destrucción (Alemania-nazismo) celebra la aniquilación de algo muy íntimo. Volveremos sobre el tema.

En el otro extremo dialéctico de la época, está el comunismo ruso. Para Thomas Mann, se trata de una fascistización de la revolución bolchevique. Ello se refuerza cuando Goebbels proyecta un pacto Hitler-Stalin. Es, en suma, impedir la reunión de la democracia y el socialismo. «La mayor confusión del mundo reside en que el concepto de izquierda ha perdido todo sentido. Se ha apoyado más o menos en Rusia, que se ha inclinado hacia lo contrario. La libertad teñida de socialismo creía contar con Rusia y se ha equivocado» (24-8-1939). Así planteado por Berlín y/o Moscú, el socialismo es inevitable, pero en el mal sentido de la necesidad histórica. Stalin es, en definitiva, un resultado de la profecía de Dostoievski a través de su personaje Stavroguin: la enfermedad grandiosa, el misticismo ruso, que sólo ve, en la civilización, chulería y engreimiento. No obstante, si las opciones políticas son siempre por el mal menor, entre nazismo y comunismo, escoge éste. «El comunismo, rechazable en sus métodos, es hoy la única fuerza constructiva» (13-12-1948), anota en una posguerra dominada por la guerra fría y el macartismo norteamericano. Lo dice tomando la supuesta voz de una Europa a la cual llegan las ayudas Marshall, símbolo del progreso técnico y la reacción espiritual de los Estados Unidos. El comunismo, su fúnebre seriedad que recuerda al Naphta de *La montaña mágica*, un jesuita de origen judío que quiere instaurar el colectivismo y la república cristiana mundial (hay seguidores muy reconocibles entre nosotros): un mundo rígido y ascético, realmente amenazante para la civilización.

Cabe aclarar que, entreverada con estas vacilaciones prácticas, la actitud de Thomas Mann ante el despotismo oriental fue clara. En 1949 visitó la Alemania del Este en compañía de dos futuros ministros de cultura, Johannes Becher y Klaus Gysi. Se enteró de los campos de prisioneros y de los juicios sumarios, dirigiendo una carta a Walter Ulbricht que hemos publicado en esta misma revista (n.º 511, enero de 1993).

Mucho más dramático, si se quiere, por su contenido concreto, es el tema de la guerra. Tempranamente, Thomas Mann fue enemigo del pacifismo, la contemporización de las democracias con el fascismo, el desamparo a la República española y la actuación de Neville Chamberlain en la conferencia de Munich. La guerra, aunque odiosa, era inevitable, de modo que, cuanto antes se diera, menos duraría. El pacifismo, esgrimido por las buenas conciencias de izquierda, favorecía al gran capital y al rearme hitleriano. «Deseo la guerra, no quiero creer en ella, nada sé de ella» (12-6-1938) es una fórmula concisa, lúcida y dolorosa. Implica una toma de posición política: optar por el mal menor, juzgando el mal por sus consecuencias. Lo que ha de aceptar como ser histórico le disgusta como intelectual y, más tarde, cuando sus aliados bombardean ciudades alemanas y pulverizan sus antiguas casas, aniquilando fetiches y recuerdos, la contradicción se torna más tensa. Tener que aplastar al fascismo por la fuerza es una derrota de las ideas y un proceso de brutalización que nos hermana con aquél: de algún modo, haber vuelto inevitable la guerra es una paradójica victoria de los derrotados fascismos. Pero no es la única paradoja de la guerra, que es contraria a la cultura y a la humanidad, y es, al tiempo, una constante de la vida humana y un resultado de la organización social, es decir de la cultura misma. Parecen reflexiones de un amigo y maestro (o discípulo) Sigmund Freud. En agosto de 1945, cuando se arroja la primera bomba atómica, piensa que pudieron tenerla los alemanes y la historia de todos sería otra. Pero piensa, sobre todo, que la investigación sobre la íntima fuerza creadora de la materia lleva a descubrir la fisión nuclear. Eros lleva a Tánatos, así como al contrario. Un nuevo motivo de desesperación será la amenaza de la tercera guerra mundial, que aparece a comienzos de 1948 y dura hasta diciembre de 1950, cuando estalla la guerra de Corea, que localiza el enfrentamiento de los bloques lejos de Europa. Ya en mayo de ese año, Maurice Schumann esboza la primera propuesta de unión industrial francoalemana, núcleo del Mercado Común. En agosto de 1947, volviendo de Europa a los Estados Unidos, siente (y así lo apunta) que en Europa está su *Heim*, su hogar, su lugar de trabajo. En Europa, no en ningún país europeo. Bien, pero ¿dónde está Europa en 1947?

Thomas Mann se decanta por la democracia, como un ideal de vida que resulta menos dañino a la civilización que las demás opciones. Ésta es también una opción política, no intelectual. La democracia propone un equilibrio entre lo individual y lo colectivo que niegan el fascismo y el comunismo. Es una versión secular del cristianismo, inmadura todavía como para evitar la aparición de los demagogos mesiánicos. Ésta es la democracia fetichista, la religión del hombre. Para corregirla, hay que darle una «existencia moral», el socialismo (9-2-1948). Lo sostiene cuando su hermano Heinrich,

antiguo socialista, se vuelve completamente prosoviético. Así, razona Thomas, se prepara un retorno al nazismo.

Por otra parte, el ideal universal de la democracia tropieza con el desigual desarrollo cultural de los pueblos y, quizá, sólo una hegemonía americana mundial pudiera democratizar el mundo, barriendo los restos del autoritarismo alemán y japonés. Thomas Mann intuye que este fenómeno se puede dar si se internacionaliza la economía, paradójico punto de partida de la humanidad real.

En cuanto a los líderes democráticos de su tiempo, la admiración principal la recibe Winston Churchill, sobre todo por su firme posición antinazi durante la guerra. Hasta la ruptura de Hitler con la URSS y la entrada de Estados Unidos en la contienda, el único adversario real del nazismo fue la Inglaterra de Churchill. Después de 1945, Thomas Mann tuvo reservas ante el antisocialismo radical del político inglés, aunque reconoció que sus tesis sobre la disuasión nuclear eran lo único racional para evitar la tercera guerra mundial, no obstante su talante perverso. De Franklin Roosevelt, decisivo para la intervención de Estados Unidos contra el Eje, y que lo recibió en la Casa Blanca, deja este memorable retrato: «...ingenuo, crédulo, astuto, fino, histriónico y amable» (14-1-1941). Le llama la atención que antepone siempre lo moral y lo político a lo económico. En cambio, de Harry Truman opina que es «un pobre hombre inculto que ha perdido la cabeza» (8-12-1950).

Estas tomas de posición responden a una compulsión cívica y moral, pero no a una convicción profunda. Thomas Mann fue siempre apolítico en tanto creyó muy poco en las posibilidades de la historia para hacer bueno y bello al ser humano, según indica el arte. La historia es «la estúpida obligación de leer los periódicos» (26-9-1946). La historia universal no tiene solución y es ridículo creer que nacemos para vivir algo como la historia, discurre discutiendo con su hijo, el historiador Golo Mann. El todo carece de fin, razona el viejo schopenhaueriano que relee a Hegel desde la noche romántica. La historia no tiene fin, medita este irónico lector de la Biblia: Dios ordena a Moisés no matar ni codiciar los bienes ajenos, pero también lanzarse a la conquista de Canaán y de Kadesh. No hay verdad en la historia, sólo la hay en el entresueño que el arte convierte en objeto real.

Si, paralelamente a la lectura de los diarios, repasamos algunas intervenciones periodísticas de Thomas Mann, algo anteriores o contemporáneas a aquéllos, vemos operar los mismos y complementarios elementos. Contra la herencia de enfrentamientos nacionales de la primera guerra mundial, el Thomas Mann de los años veinte es europeísta, pero a partir de la desconfianza por las «civilizaciones sin alma» (Estados Unidos y la URSS) y la enemiga a los radicalismos fascista y bolchevique. Para los alemanes,